

Alfonso Calderón

Canto a Vicente Pérez Rosales

Recuerdo que abriendo dos años después
un baúl donde colocaba la ropa inválida, me
sorprendió el olor a flores que de él salía...

Vicente Pérez Rosales.—
«Recuerdos del Pasado».



CUANDO la noche se pobló de sombras y
sonidos,
cuando el ventisquero alzó su barba luminosa,
vino Vicente Pérez Rosales,
devorando trigo,
tamizando entre los labios una espiga temblorosa,
estrellas derramando por los ojos
y viento por las raíces,

Vicente Pérez Rosales,
guardabosques, guardaluna y guardanieve,
por ti, por tu perfil profundo,
varón de agua y tornasol
me habitó clarísima canción.

Quién nombrará a la nieve ahora,
apagado su pedernal profundo,
silenciosa su corneta susceptible.

Quién dará, ahora, de comer a las ardillas,
quién trepará por las ramas
para enseñarles el silabario rural de las bellotas.

Quién vivirá ahora entre las flores.

Decía, Vicente, palabras a las aguas,
en la soledad heridora de Llanquihue,
tierra que se mantiene en la tierra
porque su luz la hirió de voces y campanas.

Quién, ahora, quién,
extenderá su nombre, su patrimonio tricolor,
diseminando su melodía de piedra en piedra,
de monte en monte, de agua en agua,
como bandera de la patria
hasta que la fucsia cambie de nombre
y cambie la lluvia triste su apellido,
hasta que todo sea presencia viva de Vicente.

Ya no canta la rosa, detenida junto al viento;
y el vino violento se estira en las guitarras
con la lengua roja amamantando ferrocarriles,
destrozando barbechos y desenterrando hombres
que recuerdan a Vicente:

«Vicente Pérez Rosales, joven y dulce caballero,
obrero diligente de las mañanas
aire del sur que no enturbia ni se empaña».

Y cuando la violeta cansada de su nombre,
pida nuevas iniciales,
y quiera extenderse, colona avariciosa,
por Pitrufquén hacia adentro,
Vicente «por no hacer mudanza en su costumbre»,
padre mío y padre de las cosas
entregará a la tierra sus cernidos dedos
para dotar de origen a todo lo que ama.

Por Temuco, pasó su nombre,
golpeando las casas humedecidas,
los bueyes sudorosos, el trompo de los niños ferroviarios
bailando en las colinas donde el puente lo espera
señero de año en año
para dormirlo de nuevo, en la madrugada húmeda.
La maestranza cerró sus ojos,
su emocionado aliento
para dormirse junto a él,
buscador del alba y claro descubridor del aire.

Loncoche, si un día he de morirme,
quiero ir con Vicente pisando tus aromos,
doblando tu plaza sumergida, tu sonora sombra,
mordiendo hasta el cansancio tu trigo impoluto.

Qué ganas me dan de irme por el sur, con él,
saltando los aserraderos,
devorando los diáfanos digüenes,
hasta emborracharme de luz, de agua, de viento norte,

y con ganas de morir, maravillarme viendo
cada gota, cada rama, cada follaje
y descubriendo el nombre increado de las cosas.
Pérez Rosales, ¿estaré contigo,
estaré algún día
tocando tus manos de maravillado escalofrío,
palpando tus barbas, tus ojos acendrados,
hablando contigo como con la tierra recién arada?

Vicente, ángel de luz, espada ardiendo,
alto picacho cordillerano,
te he visto como eras:
la chaqueta impregnada de ciruelas,
las botas insurgentes,
el reloj enorme,
marcando el hombre que tú fuiste, el hombre que eres;
y en la frente, el sombrero altivo;
agua pura de su palabra
viviente en el Lago,
galopando diestramente en los alambres,
en los cercos cubiertos de pájaros,
en los álamos sonoros que frecuentan su nombre.

Fuiste luz y eres luz,
silbador de la lluvia,
colonizador maravillado y buscador de oro en Cali-
fornia;

Vicente, Vicente Pérez Rosales,
madriguera del viento y de la lluvia,

detenido en ti mismo para ver crecer el trigo
por las anchas cortezas siderales.

Y cantando, Oh Padre,
tu canción profunda
de risueño manantial, libre y encendido.

Por ti el aire conoció la libertad
y bebió un sorbo de cerveza luminosa,
y conoció el Sur tu nombre justiciero
donde el indio derramó su fanal profundo
para iluminarte hasta lo más oscuro de sus confines.

Colono triste de ojos grandes,
por ti enciendo el lampadario de la nieve
y me oculto entre los labios del maño
acariciando sus extendidos brazos.

Vicente Pérez Rosalez, porque eres luz digo tu nombre,
monte de melancolía y corazón ardiendo;
Padre mío y Padre de las Cosas:
«Venga a nos el tu reino».